

Pero por mucho que se le pueda agradecer al pesimismo, no creo que vosotros podáis nunca participar de sus errores. ¿Habríais de fundar acaso la necesidad de la sociedad en la soberbia, como lo hacen los *superhombres*, o en la guerra, o en el odio? Fundadla más bien en la gratitud y en el amor, aunque estos sentimientos no sean más que una consecuencia necesaria de la ley natural que une a los hombres.

Jóvenes alumnos :

Si tanto vosotros como yo tenemos una inmensa deuda de gratitud a este colegio; y si algo os he dicho ahora de unión entre los hombres y de servicios recíprocos, unamos nuestros esfuerzos, y ayudémonos mutuamente para tratar de pagar hasta donde nos sea posible aquella deuda. Prometédmelo así de vuestra parte, que yo de mi parte os lo prometo.

ANTONIO OTERO HERRERA

LOS DOS MAESTROS

En medio de sus rústicos cariños
Sentados al azar, sobre la grama,
El noble viejo patriarcal derrama
Su palabra de miel sobre los niños.
Es en la blanca Nazareth... El campo
En su tristeza lánguida sonrío,
Mientras disuelta en vespertino lampo
El alma de la tarde se deslíe,
Hay la fragancia bíblica y ardiente
De un jardín de pasión; lenta palpita
La nostalgia mirífica y doliente
De una rosa de amor que se marchita...
Y la palabra del maestro suena
Con musicales y armoniosos dejes,
Tal como la canción de la colmena
En el silencio de los troncos viejos.

Los discípulos beben la caricia
 Solemne y paternal de aquellas notas,
 Y hay en cada pupila una primicia
 De ilusiones ingenuas y remotas...
 El maestro es un sol. Con sus lumbreras
 Hace brotar las flores de los limos
 Y hace surgir en pródigos racimos
 La ciencia y la virtud sobre las éras.
 Sol de ventura sacra,
 Sol de belleza tierna,
 Sol de tintes risueños
 Cuya vida serena se demacra
 Cuando ha lumbrado con su luz eterna
 Las frentes de los grandes y pequeños.
 Enciende en los cerebros una tea,
 Torna las almas místicas y puras,
 Y del abecedario de su idea
 Salta la vida mansa y gigantea
 Como en un bautismo de ternuras...
 Es su palabra luminosa escala
 Por do baja la magia de sus dones
 Y acaricia la mente, y que resbala
 Como el unguento de los corazones.
 El maestro es divino labrador. Del troje
 De su cerebro bienhechor recoge
 La más pura semilla que desgrana
 Sobre el surco sediento,
 Con la suprema fe de que mañana
 Dará frutos su rico pensamiento.
 Pero algo falta al surco que redime;
 Falta el sudor de inextinguible fuego;
 Pues el maestró va, y aprieta, exprime,
 Su propio corazón para su riego.

Quando la luz muriente cerró el broche,
 Saliéronse los niños confundidos
 A buscar las dulzuras de los nidos
 Bajo el ala materna de la noche.

Pero el maestro se quedó pensando... Y de repente
 Dio un vuelco el corazón; sintió en el alma
 Un rayo de la luz indeficiente
 Y un resplandor de la suprema calma.
 Se fue abriendo el paisaje
 Como abanico inmenso; se sentía
 Como pasar un férvido oleaje
 De eternidad... Toda la tierra oía...
 Y llegó Jesucristo. Mensajero
 Pobre y humilde, compasivo y manso,
 Fue su mirada para el pordiosero
 De la felicidad, como un remanso.
 La encina colosal, noble y añosa
 Oyó frases de bien; supo del estro
 De una plática suave y cariñosa...

Y dijo así el maestro:

—Señor, cultivo un campo: en mi labranza
 Fui dejando la vida; en las faenas,
 Señalando la vívida pujanza,
 Ha quedado la sangre de mis venas.
 Y ya no puedo más; tan sólo aguardo
 Para purificar mi pensamiento,
 Embriagarme en la vida con el nardo
 De tu límpido acento,
 Y absorber tus palabras peregrinas
 En magníficos grumos y panales
 Y que tus manos blancas y divinas
 Se posen sobre mí, como inmortales
 Palomas de perdón sobre mis ruinas...
 Y cuando esté sintiendo que mi vida
 Se va para los límites inciertos,
 Mire, tras el dolor de la partida,
 Que el mismo que me da la despedida
 Me saluda en la playa de los muertos.
 Ayúdame, Señor. Que la mirada
 Amorosa y tranquila de tus ojos
 Me señale la altísima morada
 Y convierta en aromas mis despojos.



Es noche de leyenda . . . El rubio Oriente
 Con toda su fragante poesía,
 Se representa allí, cual una orgía
 De pompas y de azul, mágicamente.
 El agua dice plácida conseja
 En una languidez de serenata,
 Y el sueño de la luna se refleja
 Sobre las ondas líricas de plata.

Y dijo Jesucristo :

—Mucho has sufrido, sí ; tu vida entera
 Es un libro de amor ; te daré el vino
 Y el agua de verdad, pues quien espera
 Calmará en Mí las ansias del camino.
 Pero habrás de ser mártir ; vén conmigo
 A seguir el sendero solitario
 Para buscar la luz ; falta un mendigo
 Que suba con un Dios hasta el Calvario.

EMILIO ARIAS MEJIA

En Bogotá, 1913.

DON BUENAVENTURA AHUMADA :

El insigne escritor de costumbres don Eugenio Díaz, en su original escrito titulado *Una Ronda de don Ventura Ahumada*, supo hacer un acabado retrato de este curiosísimo tipo santafereño. Quien haya leído el mencionado trabajo, deseará de seguro conocer algunos detalles sobre la vida del personaje cuyo nombre ha llegado hasta la presente generación, envuelto para el vulgo en una penumbra no exenta de misterio y tenebrosidad.

Nació don Buenaventura, o don Ventura, como le llamaban ordinariamente sus contemporáneos, en Santafé, y fue bautizado a los tres días de edad, en la parroquia de Las Nieves, el 15 de julio de 1786, siendo sus legítimos padres don Pedro Antonio Ahumada y doña Eulalia Gutiérrez, los cuales habían contraído matrimo-

